



En la nariz de la tierra

Jorge Esquinca



Esquinca, Jorge, 1957-

En la nariz de la tierra / Jorge Esquinca – Medellín :

Editorial EAFIT, 2023.

60 p. -- (Otramina).

ISBN 978-958-720-845-0

ISBN 978-958-720-846-7 (versión EPUB)

1. Poesía mexicana – Siglo XX. I. Tít. II. Serie

M861 cd 23 ed.

E779

Universidad Eafit- Centro Cultural Biblioteca

Luis Echavarría Villegas

En la nariz de la tierra

Colección Otramina

A cargo de Darío Jaramillo Agudelo

Primera edición: julio de 2023

© Jorge Esquinca

© Editorial EAFIT

Carrera 49 No. 7 sur - 50

Tel.: 261 95 23, Medellín

<https://editorial.eafit.edu.co/index.php/editorial>

Correo electrónico: obraseditorial@eafit.edu.co

Edición: Cristian Suárez Giraldo

Corrector de textos: Carmiña Cadavid Cano

Diseño y diagramación: Margarita Rosa Ochoa Gaviria

Ilustración carátula: shutterstock

ISBN 978-958-720-845-0

ISBN 978-958-720-846-7 (versión EPUB)

Universidad EAFIT | Vigilada Mineducación. Reconocimiento como Universidad: Decreto Número 759, del 6 de mayo de 1971, de la Presidencia de la República de Colombia. Reconocimiento personería jurídica: Número 75, del 28 de junio de 1960, expedida por la Gobernación de Antioquia. Acreditada institucionalmente por el Ministerio de Educación Nacional hasta el 2026, mediante Resolución 2158 emitida el 13 de febrero de 2018.

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la Editorial EAFIT.

Editado en Medellín, Colombia.

Descifrar un vaso sobre una mesa. Una miga de pan. ¿Qué no posee connotación cosmogónica? Y cuando al escribir reparas en que pierdes pie, en que eres un nerviecillo flotante en el líquido raquídeo de la humanidad, y te exponen su horizonte la hormiga y el astro, entonces imaginas que estás imaginando.

Luis Cardoza y Aragón, *Dibujos de ciego*

Contenido

| | |
|-------------------|----|
| Pórtico | 9 |
| Arar | 11 |
| Golondrinas | 13 |
| Reinas | 15 |
| Palmípedos | 17 |
| Amenaza | 19 |
| Iluminada | 21 |
| Cópula | 23 |
| Muchachas | 25 |
| Lluvias | 27 |
| Cetrería | 29 |
| Avispas | 31 |

| | |
|-------------------|----|
| Arañas | 33 |
| Apunte | 35 |
| Pareja | 37 |
| Chapaturrín | 39 |
| Tizapán | 41 |
| Huellas | 43 |
| Malecón | 45 |
| Cortejo | 47 |
| Alacranes | 49 |
| Alpiste | 51 |
| Ventana | 53 |
| Nostalgia | 55 |
| Temporal | 57 |

PÓRTICO. *San Antonio Tlayacapan es un pueblo de poco más de seis mil almas, ubicado en la ribera norte del lago de Chapala, Jalisco. Debe su nombre al santo franciscano Antonio de Padua y al vocablo náhuatl tlayacapan, que puede significar lugar de los límites o en la nariz de la tierra. Como en una especie de diario sin fechas fui reuniendo las estampas que forman este pequeño conjunto. Dan cuenta de un asombro que no cesa y de una no menos incesante gratitud. Aun con recursos modestos es un privilegio habitar estas latitudes, donde todavía es factible sentirse inmerso en aquello que el poeta de Charleville concebía como “la luz naturaleza”, la misma que permanece en el espíritu como un sonido muy leve, como la cifra de algo que nos convoca y aguarda.*

ARAR. Toda la mañana, mientras entro y salgo de casa, me detengo unos minutos para admirar la tarea que se lleva a cabo en el labrantío vecino. Hace unos días desbrozaron el terreno y ahora, bajo un sol poco clemente, el hombre empuña el arado mientras con la mano libre sostiene las riendas de dos caballos que ejercen la fuerza de tracción. Una ceremonia tan antigua que aquí, a orillas de la mutable laguna, pareciera haberse perpetuado sin modificar un ápice los elementos que la componen desde siempre: el arado de hierro, el labriego, los caballos. No las máquinas sino las bestias, y el hombre en una suerte de familiar contubernio. Una tarea que, a ojos vistas, resulta más que ardua pues el terreno está compuesto, en buena medida, por recias piedras que a cada paso le estorban. “¡Órale, cabrones!”, oigo el grito que tiene como propósito hacer que el par de alazanes se dé vuelta al llegar al límite de la parcela. El sol cae a plomo mientras la tierra abierta en los surcos muestra el color profundo de su entraña humedecida. Estoy de regreso en el comienzo de la civilización.

GOLONDRINAS. Es media tarde y estoy en el jardín. Como tantas otras tardes, me acompaña un vuelo de golondrinas. Aparecen de improviso y comienzan con sus juegos. Son cinco o seis, pero es difícil estar seguro pues van y vienen, giran en círculos, forman espirales que apenas creadas se desvanecen. Las miro elevarse como el clavadista que deja el trampolín, se suspende unos instantes en el aire e inmediatamente se pliega para caer en picada. Recordando a los bailarines japoneses, escribe Pascal Quignard: “Olvido incluso el agua en la que estoy inmerso y donde bailo cuando danzo en el aire. Danzo en el aire como si fuese agua”. Esta es, precisamente, la sensación que dejan las golondrinas que ahora revolotean, se alzan, descienden y remontan de nuevo en el claro que ha quedado sin sembrar en el maizal vecino. A veces, una de ellas –pero tal vez sea siempre la misma– vuela directamente hacia mí cuando las miro inmóvil desde el puente, y justo unos metros antes del

contacto, me evita con un requiebro lleno de gracia. ¿A qué juego me invita? No, desde luego, a seguirla. Quizá tan sólo le apena la gravedad de mi condición terrestre y decide hacerme participar, como un elemento más, en el tejido sutil de su insuperable acrobacia.